

# SACRA FAMILIA.

## CUADRO VULGARMENTE LLAMADO "DEL PAJARITO."

### SAINTE FAMILLE.

#### MURILLO.

Alto, 1,44;—ancho, 1,88.

No fué la epopeya sublime del Evangelio y sí solo su tierno afecto de cristiano sencillo y timorato lo que inspiró á Murillo esta página encantadora de pintura mística. La Santa Familia, á quien el justo y humilde José sirve de cabeza, no está aquí representada en ninguno de aquellos memorables trances en que el Libro de Dios nos autoriza á contemplarla. El suceso que tenemos á la vista entra en la esfera de la piadosa leyenda, pertenece á aquella época de misterioso silencio que trasurre entre la huida á Egipto y la disputa con los doctores en el templo despues de la vuelta á Nazaret; época en que si bien la Historia Sagrada no consigna sucesos y lecciones importantes, la imaginacion devota y fervorosa descubre deliciosísimas escenas de amor y de felicidad doméstica, interesantes para todas las almas puras y generosas: las virtudes de familia en su mas perfecto ejercicio, el cariño paternal y filial en su mas noble forma, una vida tranquila, aunque oscura, toda impregnada en el celeste aroma de la caridad, de la mansedumbre, de la obediencia, con todos los ornamentos y dones de la santidad.

La santa paz de Dios, el íntimo contentamiento que resulta del sacrificio de la propia voluntad á la voluntad suprema, y que no disfrutan nunca los que buscan la felicidad en la remocion de los accidentes que el mundo apellida *maux*, es el que nos atreveríamos á llamar ambiente moral de la escena que Murillo en su afectuosa devocion nos pone de manifiesto. Esta escena bajo el punto de vista plástico, nada tiene de extraordinario: aunque históricos sus personajes, no es, propiamente hablando, un asunto histórico, de interés por su accion, ni mucho menos; no es ni siquiera un idilio. Un honrado carpintero, (precindamos de su nombre), sentado en una silla ó banqueta, descansando de su trabajo en su pobre hogar, tiene cariñosamente asido á un hermoso niño, que, en pié y recostado sobre su muslo, juega con un perrillo haciéndole desear un gilguero que tiene en la mano, y gozándose en burlar la codicia canina del Tántalo faldero. La madre está á un lado devanando, y vuelve el gracioso rostro á contemplar el inocente recreo del niño, advertida sin duda por las risas de éste y por los gruñidos del gozque goloso, que cansado de dar inútiles saltos, se ha sentado á esperar una favorable coyuntura. Esto es lo que hoy llamamos un cuadro de género; y es en verdad uno de los mas sencillos.

Y sin embargo, es mas que probable que en vida de su autor, y aun mucho despues, haya sido considerado este lienzo como un precioso cuadro místico: ¡tanto varía la significacion de las obras del arte segun el diverso punto de vista intelectual de cada siglo! Porque ese que á nuestros ojos, materiales, indiferentes é incrédulos, parece un pobre é ignorado carpintero, era en aquella época de fé nada menos que el santo nutricio del Verbo humanado; esa que tomamos por simple muger de un artesano, y que quizás se nos figura una buena morenilla, vulgar é ignorante, del barrio de la Cestería (1), era entonces la segunda Eva elegida por el Eterno para *templo y mundo de la Trinidad Santísima* (2), Virgen de las vírgenes, espejo de justicia, trono de la

Ce ne fut pas la sublime épopée de l'Évangile, mais bien un doux sentiment de chrétien simple et timoré, ce qui inspira à Murillo cette page charmante de peinture mystique. La Sainte Famille dont le juste et humble Joseph est le chef ne s'y trouve pas représentée dans aucune des circonstances mémorables où le Livre de Dieu nous autorise à la contempler. L'évènement que nous y avons sous les yeux rentre dans le domaine de la légende pieuse: elle appartient à cette époque de silence mystérieux comprise entre la fuite en Egypte et la dispute avec les Docteurs dans le temple après le retour à Nazareth. Bien que l'histoire ne consigne pas dans cette époque ni des faits ni des enseignements importants, l'imagination dévote et fervente se plaît à y découvrir des scènes délicieuses, empreintes d'amour et de bonheur domestique, intéressantes pour toutes les âmes pures et généreuses; les vertus de famille dans leur exercice le plus parfait, la tendresse paternelle et filiale dans sa forme la plus noble, une vie calme quoique obscure, toute imprégnée du céleste parfum de la charité, de la mansuétude, de l'obéissance, avec tous les ornements et tous les dons de la sainteté.

La Sainte paix de Dieu; ce contentement intime, résultat du sacrifice de sa propre volonté à la volonté suprême, cette joie ineffable dont ne jouissent jamais ceux qui vont chercher le bonheur dans la rémotion des accidents que le monde appelle des *maux*; voilà ce que nous oserions nommer l'ambient moral de la scène que Murillo met devant nos yeux, son affectueuse dévotion. Au point de vue plastique, cette scène n'a rien d'extraordinaire: bien que ses personnages soient historiques, ce n'est pas à proprement parler un sujet historique, intéressant par son action; loin de là; ce n'est pas même une idylle. Un simple et honnête menuisier (laissons de côté son nom) assis sur une banquette, se reposant de son labeur dans sa pauvre demeure, soutient avec amour un bel enfant, qui, debout, négligemment appuyé sur lui, joue avec un petit chien, auquel il fait désirer un chardonneret qu'il tient à la main, s'amusant à tromper l'avidité canine du Tantale aboyeur. La mère dévide sa laine au rouet auprès d'eux: elle tourne son visage gracieux pour regarder l'innocente espiéglerie de l'enfant, avertie sans doute par ses éclats de rire et par les grognements du gloton: fatigué de sauter inutilement, celui-ci a pris le parti de s'asseoir sur ses pattes de derrière attendant une conjoncture favorable. C'est ce que nous appelons aujourd'hui un tableau de genre, et certes c'en est un des plus simples.

Et cependant il est plus que probable que du vivant de l'auteur et même longtemps après, cette toile a été considérée comme un délicieux tableau mystique, tant la significacion des œuvres d'art est sujette à varier selon le différent point de vue propre à chaque siècle! Car cet homme qui, pour des yeux, matérialistes, indifférents, incrédulos, semble n'être qu'un pauvre menuisier inconnu n'était rien moins que le saint père nourricier du Verbe fait homme; celle que nous prenons simplement pour la femme d'un artisan, et qui peut-être nous paraît une assez gentille brunette, vulgaire et ignorante, du faubourg de la Vannerie (1) était alors la seconde Eve élue par l'Eternel pour être *le temple et le monde de la Très-Sainte Trinité*. (2) la Vierge des Vierges, le miroir de la justi-

(1) Barrio de Sevilla en que vivió Murillo.

(2) *Ace, templum totius Trinitatis*, dice una muy comun jaculatoria. *Eam tamquam specialissimum mundum Deus tibi creavit*, es frase de San Bernardo.

(1) Quartier de Séville qu'habitait Murillo.

(2) *Ace templum totius Trinitatis*, dit une jaculatoire très-commune. *Eam tamquam specialissimum mundum Deus tibi creavit*, est une expression de S. Bernard.



sabiduría, estrella de la mañana y Reina de los Angeles, de los Patriarcas y de los Profetas; y finalmente, ese párvulo que medio envuelto en ruidas mantillas huella el suelo con los tiernos pies desnudos y se entretiene con dos animalillos, era el Omnipotente Rey del Cielo y tierra, que huella falanges de estrellas y que, teniendo en su mano el orbe entero, tanto se empequeñece para redimir al hombre, que se pone á su nivel, y apenas sabe tenerse en pie sino apoyado en su padre adoptivo. Sí; á los ojos del creyente ese carpintero es José, hijo de David; esa muger es María, de la propia estirpe de Abraham, Salomon y Osias, que al venir al mundo trajo por delante en espléndido cortejo los Santos, los reyes, la gloria de los siglos pasados; ¡ese niño es el Cristo! No hagamos cargos á Murillo por no haber tomado en cuenta la incredulidad de las edades en que habia de sobrevivirle su obra: él pintó para sus coetáneos, menos materialistas que nosotros. ¿Qué culpa tiene el gran pintor de Sevilla de que hoy, carnales y groseros como en los siglos primitivos de la Iglesia, necesitemos para reconocer á los Santos de símbolos convencionales, nimbos y letreros? Si aquellos divinos personajes morasen ahora entre nosotros, tampoco quizás creeríamos en ellos no viniendo acompañados de extraordinarias señales y prodigios.

Cuando Murillo ejecutó este cuadro, no necesitaba el público español ningún esfuerzo de imaginación para ver en él á los tres principales personajes de la Sagrada Familia. Todas las clases sociales se criaban en el trato familiar del *Flos Sanctorum* y de los legendarios, y apenas habia cristianos de mediano gusto en cuyas manos no anduviesen los poemas sagrados, entonces tan en boga. De uno de estos, escrito por un piadoso capellan mozárabe de la Santa iglesia de Toledo, y recién publicado, por decirlo así, al venir Murillo al mundo, nos acordamos involuntariamente siempre que fijamos la vista en la *Sacra familia del pajarito. La vida y muerte del glorioso patriarca San José*, en forma de poema heroico en veinte y cuatro cantos, seria probablemente muy leida por todas las personas de devoción un tanto literaria: el mismo Murillo, hombre culto y religioso, sabria quizás de memoria muchas de sus octavas; al fin y al cabo, su obra es como una ilustración artística de las diversas escenas domésticas que nos ofrece el canto XIX de este poema. Véase cuán grande era la uniformidad de ideas del artista y del poeta:

El infinito niño vá creciendo,  
y con donaire y gracia sobrehumana  
hace pinitos de la mano asiendo  
á la que huella á la inmortal Diana.

Y el niño Dios los blancos pechos deja  
ricos de su alimento soberano,  
y en los pies de oro ya mayor forceja,  
y anda sin que le dé nadie la mano;

Y tal vez que el dichoso carpintero  
con la cruel sierra de piedad desnuda,  
el pecho rompe del cuartón grosero  
que se resiste á su fiereza aguda:  
llega el que es de la gloria el heredero,  
y como vé que trabajando suda,  
con el nevado babador le limpia,  
lavado por la que es mas que el sol limpia.

Cógele de la mano, y amoroso  
le lleva donde teje su querida:  
gózase en verla el virginal esposo  
en su honesto trabajo entretenida;  
ella, tendiendo el resplandor hermoso,  
vuelve á ver las dos almas de su vida,  
al niño Jesus mira y á su amado,  
que uno del otro viene enamorado.

Deja el telar la virginal señora,  
y con la gracia que enamora al cielo  
la limpia mesa pone á los que adora,

Coge José al bello sol de Oriente,  
y puesto entre él y su muger querida,  
mil requiebros le dice, y mil amores  
que paga con tiernisimos favores.

Cual vez que la purisima doncella  
está labrando sobre su almohadilla,  
llega el que rayos puros del sol huella  
y ante los de su madre se arrodilla.

Cual vez que el Santo con la azuela aguda  
las astillejas del madero arranca,  
llega el que eternamente no se muda  
á recogerlas con su mano blanca.

ce, le trône de la sagesse, l'étoile du matin et la reine des anges, des patriarches et des prophètes; et enfin, cet enfant qui à moitié enveloppé de pauvres langes pose sur le sol ses tendres pieds nus et s'amuse avec deux petites bêtes, c'était le Roi Tout Puissant du Ciel et de la terre, celui qui foule des phalanges d'étoiles et qui tenant dans la main l'Univers tout entier, se fait tellement petit pour racheter l'homme qu'à peine s'il peut se tenir debout sans s'appuyer sur son père adoptif. Oui; pour les yeux du croyant, ce menuisier c'est Joseph, fils de David; cette femme c'est Marie, de la lignée d'Abraham, de Salomon et d'Osias; c'est celle qui en venant au monde, vint précédée d'un splendide cortège de Saints et de rois, la gloire des siècles écoulés: cet enfant c'est LE CHRIST! Ne reprochons pas à Murillo de n'avoir pas pris garde à l'incrédulité des âges durant lesquels son œuvre était destinée à vivre après lui. Il peignait pour ses contemporains, moins matérialistes que nous. Est-ce la faute au grand peintre de Séville si aujourd'hui charnels et grossiers que nous sommes comme aux siècles primitifs de l'Église, il nous faut pour reconnaître les Saints, des symboles conventionnels, des nimbes et des légendes? Si ces personnages divins vivaient à cette heure auprès de nous, peut-être n'y croirions nous pas non plus s'ils ne se montraient accompagnés de signes extraordinaires et de prodiges.

Au temps où Murillo exécuta ce tableau, le public espagnol n'avait besoin d'aucun effort d'imaginación pour y voir les trois personnages principaux de la Sainte Famille. Toutes les classes sociales nourrissaient leur esprit au *Flos Sanctorum* et des légendaires; à peine y avait-il un chrétien tant soit peu éclairé qui n'eût pas le goût des poèmes sacrés, alors si en vogue. Un de ces poèmes, écrit par un pieux chapelain du rite mozárabe de la Sainte Église de Tolède et nouvellement publié lorsque naquit Murillo, nous vient involontairement à la mémoire chaque fois que nous fixons nos regards sur la *Sainte Famille au petit oiseau. La vie et la mort du glorieux patriarche S. Joseph*, sous forme de poème héroïque en 24 chants, était probablement fort lue part toutes les personnes d'une dévotion un peu littéraire; sans doute Murillo, homme éclairé et pieux, savait par cœur plusieurs de ses octaves: au bout du compte son œuvre est une sorte d'illustration artistique des diverses scènes familières que nous offre le chant XIX de ce poème. Voyons jusqu'à quel point se rencontraient dans leurs idées l'artiste et le poète:

«L'enfant infini commence à grandir; avec une gentillesse et une grâce surhumaine il s'essaye à faire de petits pas tenant la main de celle qui foule à ses pieds l'immortelle Diane.

«Déjà l'enfant Dieu quitte le sein de neige, riche de sa nourriture souveraine; déjà plus fort il s'appuie sur ses pieds d'or et marche sans qu'on lui donne la main.

«Parfois lorsque l'heureux menuisier, las du dur travail de la scie impitoyable, a le front couvert de sueur, arrive celui qui est l'héritier de la gloire, et le lui es, suie avec sa blanche bavette, lavée par celle qui brille bien plus encore que le soleil.

«Il le prend par la main et le mène tendrement auprès de sa bien aimée toute attentive à tisser du lin. Le virginal époux se réjouit à la contempler absorbée dans son chaste travail: elle, toute resplandissante de beauté, regardé avec amour ces deux âmes de sa vie, l'enfant Jésus et son bien-aimé.

«La douce Vierge quitte son métier et avec cette grâce qui charme le ciel, elle dresse la table pleine de propreté pour ceux qu'elle adore.

«Joseph prend dans ses bras le beau soleil de l'Orient, le fait asseoir à table et placé entre lui et son épouse chérie, il dit à celle-ci mille douceurs, mille paroles d'amour, qu'elle lui rend.

«Parfois la sainte pucelle est occupée à coudre sur sa boîte à ouvrage: vient alors l'enfant qui foule aux pieds les rayons du soleil, et il s'agenouille devant sa mère.

«Parfois aussi le Saint est en train d'arracher avec son herminette des éclats d'un morceau de bois lorsqu'arrive celui qui ne changera jamais, et il les ramasse avec sa blanche main.»



¿No espera uno á cada paso encontrar entre estas octavas fielmente descrito el cuadro de Murillo? ¿No son estos cuadros del poeta el complemento del cuadro del pintor, é igual este á aquellos en naturalidad un tanto trivial, en falta de interés para el hombre mundano y escéptico, en copia de dulces afectos para el alma religiosa?

Si Murillo quedó inferior á Rafael en el arte de divinizar á la Madre del Verbo, rivalizó con él en tierna devoción á este santo prototipo ideal de toda pureza, atestiguándolo el prodigioso número de Vírgenes y Sacras Familias que pintó; se le acercó mucho en la idealización de Jesucristo niño, al cual, según observa acertadamente Viardot (1), supo dar carácter sobrenatural y verdaderamente divino; y le superó en el sentimiento de la inocencia y de la casta ingenuidad de la Inmaculada, y en el modo de dar á sus escenas realidad, ambiente y armonía.

El cuadro que analizamos comprueba este aserto: verdad es que el rostro de la Virgen ha debido perder mucha parte de su gracia de resultas de las vicisitudes porque ha pasado este lienzo, arrancado del palacio de nuestros reyes en la invasión francesa, llevado á París, y allí despiadadamente barrido y repintado (2); pero habiendo de juzgar por las demás imágenes que Murillo pintó, fácilmente podremos hacer la restauración mental de ésta y reconocer en ella mas gracia y candor que verdadera belleza. En cuanto al divino Infante, nunca en sus célicas inspiraciones le vió mas noble y hermoso el pintor de Urbino; y por lo que hace á las dotes de la vida real, tiene tantas esta obra, á pesar de no pertenecer al estilo vaporoso, que es el que mas suele cautivar en el gran maestro sevillano, que con dificultad se le podrian comparar las producciones de otros pintores españoles naturalistas, esceptuadas las de Velazquez, en verdad de expresión y de actitudes, en corrección de dibujo, en energía de toque, en grandiosidad de líneas y de efecto, en acertada disposición de cada una de sus partes, en fuerza de claro-oscuro.

Lleva este cuadro en el Real Museo el núm. 43, y figura en la Colección litográfica del Excmo. Sr. D. José de Madrazo.

N'est-ce pas qu'on s'attend à chaque instant à rencontrer fidèlement décrit parmi ces octaves le tableau de Murillo? n'est-ce pas que ces tableaux du poète sont le complément de l'œuvre du peintre, et qu'ils lui ressemblent absolument par leur naturalité un peu triviale, par leur manque d'intérêt aux yeux de l'homme sceptique et mondain par la foule des deux sentiments qu'ils réveillent chez les âmes religieuses?

Si Murillo est resté inférieur à Raphaël dans l'art de diviniser la mère du Verbe, il est son rival par sa tendre dévotion envers ce Saint, prototype idéal de toute pureté. La preuve est le nombre prodigieux de Vierges et de Saintes Familles sorties de son pinceau. Il se rapprocha beaucoup d'ailleurs du maître d'Urbino pour l'idéalisation de Jesu-Christ enfant à qui, selon l'heureuse remarque de M. Viardot (1), il réussit à donner un caractère surnaturel et vraiment divin. De plus il surpassa Raphaël pour le sentiment de l'innocence et de la chaste ingénuité de la Vierge Inmaculée et pour la manière de donner à ses scènes de la réalité, de l'animation, de l'ambient et de l'harmonie.

Le tableau dont nous faisons l'analyse en est une preuve. Il est vrai que le visage de la Vierge a dû perdre beaucoup de la grâce par suite des vicissitudes par lesquelles est passée cette toile arrachée du palais de nos rois par l'invasion française, emportée à Paris où elle fut impitoyablement balayée et repeinte; (2) mais à juger par les autres images de Notre-dame qu'exécuta Murillo, on peut aisément faire la restauration mentale de celle-ci et y reconnaître plus de grâce et de candeur que de véritable beauté. Pour ce qui est du divin enfant, jamais Raphaël ne le vit ni plus pur dans ses célestes inspirations; et quant aux qualités touchant la vie réelle, cette œuvre en a tant, bien qu'elle n'appartienne pas au style vaporeux le plus attrayant d'ordinaire chez le grand maître de Séville, qu'il serait difficile de lui comparer d'autres productions de peintres espagnols naturalisés, si on en excepte celles de Velazquez, pour la vérité de l'expression, des attitudes, la correction du dessin, l'énergie de la touche, la grandeur des lignes et de l'effet pour l'heureux arrangement de chacune de ses parties et pour la force du clair-obscur.

Ce tableau porte au Musée Royal le num. 43. Il fait partie de la Collection lithographiée de Mr. de Madrazo.

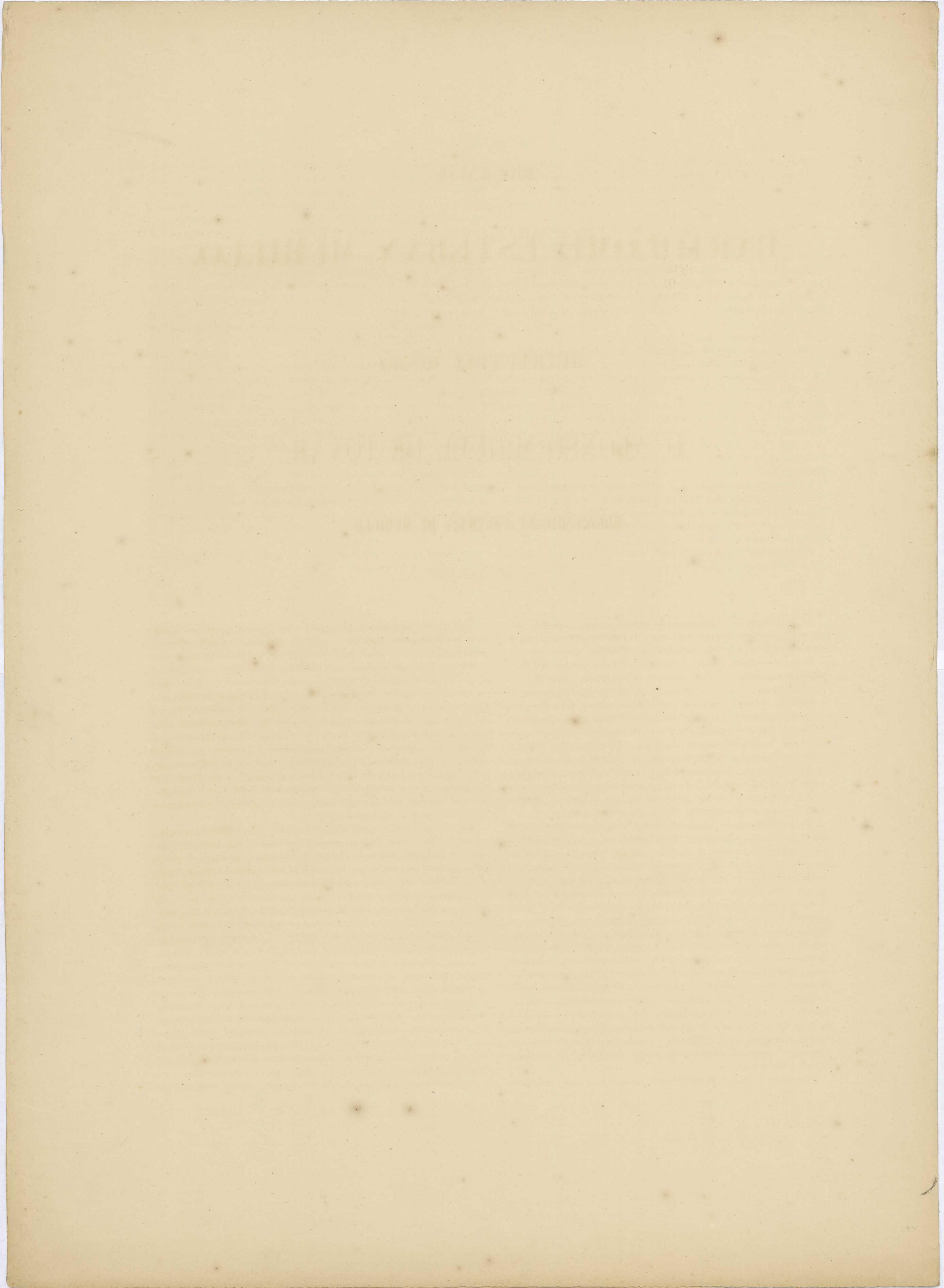
(1) LES MUSÉES D'ESPAGNE.—*Seconde édit.*, pág. 142. M. Viardot hace su observación extensiva á las imágenes de Cristo adulto, pintadas por Murillo, apoyándose equivocadamente en el famoso cuadro de *Nuestro Señor Crucificado*, que hay en el Museo, ejecutado por Velazquez.

(2) Lo asegura Ford en su *Hand book of Spain*, Part. II, pág. 753.

(1) *Les musées d'Espagne, seconde édit.*, pág. 142. Mr. Viardot étend cette remarque aux images du Christ adulte peintes par Murillo, s'appuyant à tort sur le fameux tableau de *N. S. Crucifié* qui se trouve au Musée, par Velazquez.

(2) Ce fait est rapporté par Mr. Ford dans son *Hand book of Spain*, Part. II, pág. 753.







10

REAL MUSEO DE MADRID



MURILLO pintó.

Litog<sup>a</sup> de J. J. MARTINEZ, Editor. Desengañó 10, Madrid.

A. LEMOINE litó.

SACRA FAMILIA.



Caja G-002-005 (3)